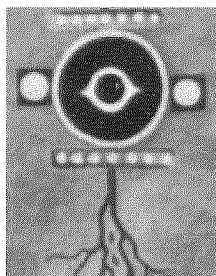


"CANTO CONTINUO":

Un beso entre el espíritu humano y la naturaleza



Patricia Rey Romero *

“Esta paz silenciosa es lo que nos quiere comunicar el poeta”

Gaston Bachelard

La armonía total, entre el pensamiento y la vivencia del hombre, con la naturaleza en sus diferentes manifestaciones, como un todo integrado, dúctil y perfecto, es la característica predominante que se advierte, después de la lectura de estos poemas en verso y en prosa de David Mejía Velilla. El ser humano, que, libre de limitaciones, encuentra en los árboles, en el agua, en las flores, en todo el conjunto de lo existente, su

continuidad; la fluidez palpable de su propio devenir.

Poemas interiores, en los cuales el espíritu que idealiza se manifiesta. Visos profundos de la manera de entender la vida, que buscan expresarse paralelamente con la belleza exterior que los rodean. La palabra, es el puente entre ese recorrido sublime de la vida espiritual y el mundo; pero es un camino iniciado en el paisaje, en la luz de la mañana,

en el color y el aroma de los jardines.

Hacerse uno y compararse con el árbol, encontrar una ruta de aprendizaje entre las aguas; navegar en pos de una infinitud sentida en cada poro, aspirada desde la infancia en el amanecer cariñoso de las plantas de la abuela. Mundo fecundo que permite la ensoñación y la superación de lo banal y fútil.

* Magister en Literatura
Pontificia Universidad Javeriana

Cada nuevo verso, es otra vez encontrar al hombre entre las frondas; y en el verdor, la humedad de las hojas. Poder mirar afuera y verse allí, como el logro de la universalidad que ya buscó oriente desde su filosofía. Ese hombre que escribe, se confunde con una raíz, con un pétalo, con la lluvia de la tarde; su cuerpo, es la superficie y el interior de la tierra. Reconoce a su madre y se confunde con ella; son uno solo.

*... Corazón
desventurado,*

*ha concluido
tu exilio,*

*la soledad
pasó
como el viento
de otoño,*

*dejándote
en pie
un invierno
más,*

*cubierto
del mismo
amor
de las hojas,*

*quieto,
íntegro,*

*sordo,
ciego,*

*derramado
en el mismo
jardín.¹*

El invierno, el otoño, la primavera y el verano, más que cambios de la tierra, son maneras de sentir, se expresan como matices del alma. La eteridad que se manifiesta capaz de ser viento o pájaro, y que se confunde con el aire, expresa una capacidad de volar, de ir más allá de lo evidente y remontarse hasta los más infinitos misterios; alejada de la instantaneidad y utilitarismo de un mundo inmediatista.

Esta posibilidad de hacerse etéreo, y de encontrar la fundamentación de la existencia en la flexibilidad, permite que se exprese, como contraposición a la pesadez del mundo contemporáneo; la levedad, de la que ya habló Italo Calvino². Tan potente como una lluvia de rocío, visión de la vida, en la cual, lo pequeño y lo frágil, aquello que por su maleabilidad puede hacerse múltiple y manifestarse en la tibieza de una corola, puede crecer inevitablemente, rompiendo estructuras rígidas e inflexibles.

El camino diario, iluminado con esa levedad, hermana al hombre con su entorno, le permite valorarlo y entender su sabiduría. Hay que ser blandamente atento para encontrar la belleza. Mutar y transformarse al ritmo de los vientos, las lluvias y el sol; es el proceso para encontrar el verdadero valor de cada ser, para entender el vuelo de la mariposa y las lágrimas del niño.

¹ MEJÍA VELILLA, David. *Canto Continuo*. Leonardo Canal. 1990. p. 173-174.

² CALVINO, Italo. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Siruela. Madrid, 1989.

La verdadera fortaleza nace de lo etéreo. La pesadez, constriñe y no permite la agilidad necesaria para que el espíritu se remonte al infinito azul, o recorra las más profundas entrañas y cavernas, haciéndose sabio, creciendo humanamente.

*El único héroe capaz de cortar la cabeza de la Medusa es Perseo, que vuela con sus sandalias aladas; Perseo, que no mira el rostro de la Gorgona sino su imagen reflejada en el escudo de bronce.*³

Perseo, vuela; se apoya en los vientos. La levedad se erige victoriosa frente a la rudeza. Lo pesado, se precipita hacia el fondo; lo etéreo surca los cielos. El héroe mitológico, sobrepasa las limitaciones propias de la pesadez de su cuerpo por medio de su calzado alado; es ágil, dúctil. Puede confundirse, como la poesía de Mejía Velilla, con todo cuerpo. Se hace uno, y crece al mismo tiempo que el retoño, o muere, con los troncos viejos y enmohecidos.

Se vive, a través de la dinámica misma de la vida. La sangre se hace savia y la piel, corteza. El hombre que ha volado, recuerda sin cesar que su existencia se realiza en la tierra, y por ello bebe a sorbos el aire de la noche o se extasia con el plumaje multicolor de un pajarillo. Muy atrás, como en el Juan Salvador Gaviota, de Bach; el temor invade a la mayoría, negándole la posibilidad del vuelo, la belleza de

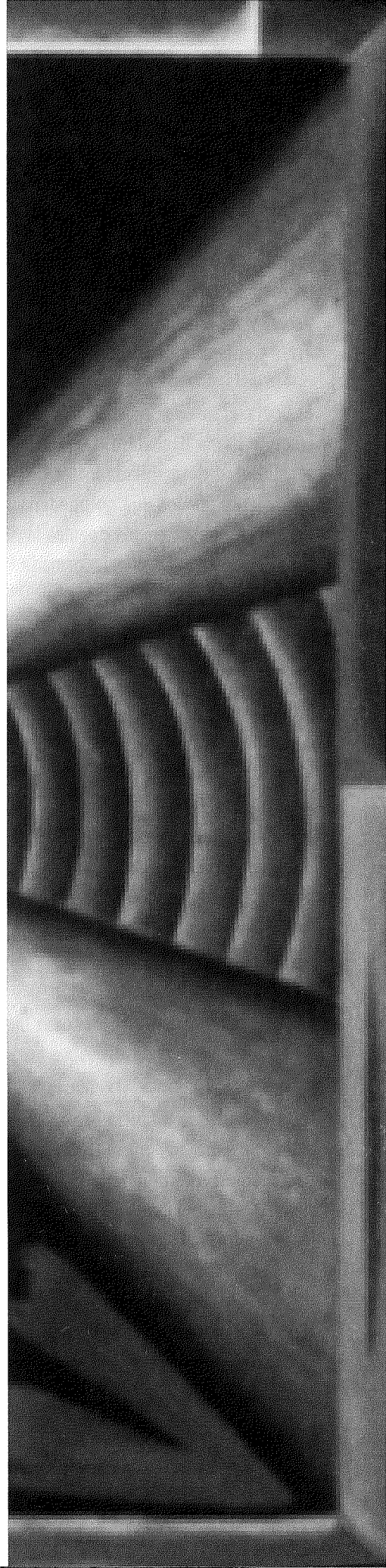
extasiarse con la nube, la capacidad de comprender el misterio sublime de la libertad.

Ser leve y etéreo, permite comprender la sencillez de la risa, la felicidad del abrazo y el dolor del hambre. Observar el verdor de las copas de los árboles, o dejar, que el rocío rueda por el cuello; son emociones que nos hablan de la bondad, de la ternura y de la sabiduría que encierra cada hombre, cada brizna de hierba.

El rumor del oleaje del mar o el susurro tierno de las aves, son la música natural del mundo; primigenia, anterior a lo humano, y que, lamentablemente desaparece, cada día más apabullada por la propagación de sustancias radiactivas, la caza indiscriminada, las armas químicas, la contaminación y la depredación. Tal vez, esa sordera que se ha adquirido dolorosamente en el transcurso de los siglos, es la que no permite que el hombre sea hermano de su hermano; ya que ha perdido el contacto originario con la Tierra.

El amor por el origen se refundió entre los vericuetos del utilitarismo; por ello, el hombre es extranjero en su planeta. Se ha olvidado, por ejemplo, la maravilla del atardecer, como el dramático síntoma de la amnesia afectiva. El ser humano ha borrado de su corazón la sublime felicidad del jardín florecido, o la emoción sin límites que brinda la transparencia del riachuelo, entre rocas y musgos juguetones.

³ Op.cit.pág.16.



La pesadez, surgida del desamor, surgió como una mancha de petróleo derramado en pleno mar; matando ilusiones y sueños. Los ideales, desaparecidos entre la realidad del mercado capitalista, se esconden en recodos que florecen a veces, y muestran otras maneras de vivir y entender el mundo.

El poeta, *el soñador de palabras*, como lo llama Bachelard, tiene la sensibilidad desarrollada a flor de piel. Siente por los que no pueden hacerlo, y cuenta en sus poemas la experiencia del vivir, transformada por su óptica, macerada por su dolor, mixturada con su soledad y con su ausencia.

La vida misma, se revierte así en sus palabras, se condensa en las letras y sueña relatando sus propios sueños. Es él, ese retazo de conciencia que no se ha perdido todavía, y que se encarga de hacernos recordar:

*La larga noche
el ruido del agua
dice lo que pienso.*⁴

Gochiku

De no olvidar la infancia primera, cuando existía un *paraíso* (recordado tradicionalmente por muy diversas religiones), en el cual, los animales, los hombres, las aguas y las plantas vivían en armonía. Cuando el hombre era río y nube y luna. En el tiempo del respeto por la tierra y la bendición por la lluvia.

⁴ VARENNE, Jean-Michel. *El Zen. Signos*. Buenos Aires, 1988. pág.97

David Mejía Velilla, a través de sus poemas, nos lleva a la estación del recuerdo, revive las fibras más escondidas y cuidadosamente ocultas de nuestra humanidad. En uno de los apartes de su libro, titulado *Gemas y Flores*, recuenta el vínculo hombre-naturaleza, dentro de la magia de la Vida :

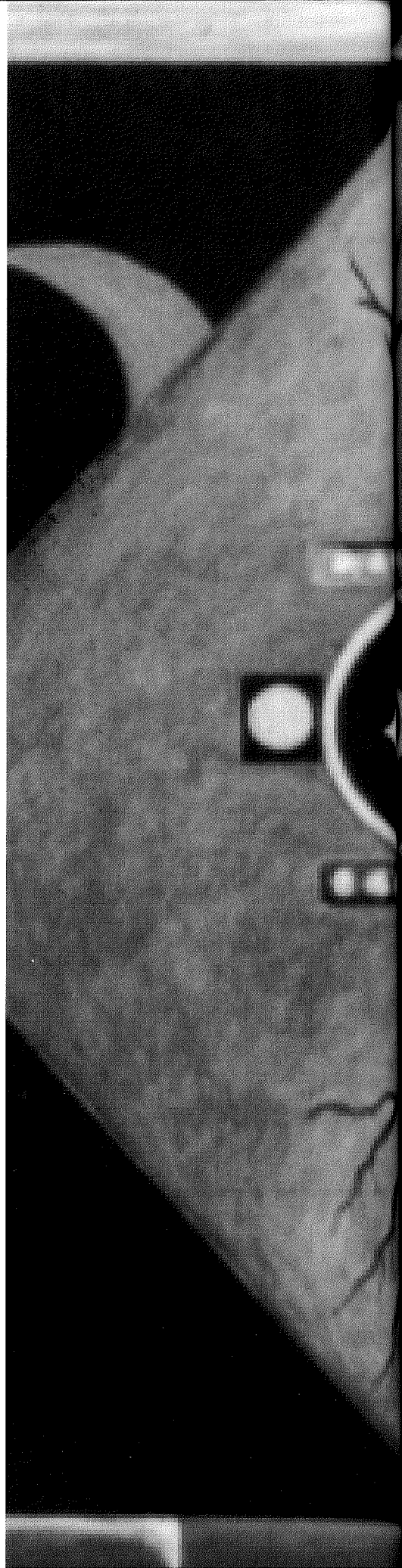
*La vida tenía además, como gemas y flores, su color y su amor castamente nítidos, sólo por las lluvias hollados, el amor y el color que eran la misma realidad, el mismo movimiento continuo desde la tierra hasta la flor, la misma reiteración constante, de la flor a la tierra, en derrame de ofrenda y de perpetuación. Y luego los pastos, y entre ellos, el yaraguá untuoso, que el sol de los venados aquerenciaba.*⁵

Como un renacimiento, el recordar el beso íntimo e intenso de todo lo existente, sumerge al lector en sus entrañas de raíces y de polen, le cuenta la historia olvidada de su corazón de volcán y su sueños de estrellas.

Pero, acceder finalmente a entenderse como una de las tantas criaturas existentes, en una reflexiva posición de parte y modificador de un todo, supone una larga ruta; un sendero inmenso de baches y caídas, en el que la soledad ha enseñado a cualificar la compañía, a buscar los mejores momentos y las más hermosas experiencias.

La reflexión, seguramente la meditación constante, permiten

⁵ Op.cit.pág.271.



aspirar el mundo lentamente, entre pausas y estremecimientos; a través de los ojos, la piel y los aromas, para después, dejarlo fluir inmensamente por el cuerpo, como el anticipo de la transformación del hombre, que bañado de exultante naturaleza, se asume libre, vital y trascendente.

Trabajo diario, labor constante de encontrarse y recibir el mundo en las entrañas, para poder comprender las ausencias, las angustias, las alegrías personales. Las respuestas están, desde que surgieron las preguntas, y por ello, la vida misma es el cofre maravilloso, la caja de Pandora que nos descubre los secretos íntimos, a través de lo exterior. Asimilar experiencias para crecer, y encontrar cada día nuevas razones para buscar plenitud y dignidad en las acciones.

Cada planta siembra en sí, y en el que la percibe, la conoce, la busca y la valora; el hombre, que sabe tomar de ella su sabiduría, encuentra también la razón para su propia cosecha. A través del tiempo y las fatigas, el espíritu se hace cada vez más leve y más brillante, consciente de lo que realmente necesita.

Los poemas de *Canto Continuo*, expresan una vida, que recuerda sin lugar a dudas, el largo proceso de Siddharta, quien finalmente encuentra en las orillas de un río la paz y la felicidad que se fueron construyendo a través de su recorrido por el mundo. El agua, que se transforma, cambiando; es su

metáfora final. El, era, como el agua: dúctil, maleable, flexible; pero siempre él. Había entendido, que el hombre, como todo lo existente, crecía, mutaba y se hacía cada vez más profundo y transparente, por lo tanto más naturaleza, más tierra, más flor.

Y todo aquello unido era el río, todas las voces, los fines, los anhelos, los sufrimientos, los placeres; el río era la música de la vida. Y cuando Siddharta escuchaba con atención al río, podía oír esa canción de mil voces; y si no escuchaba el dolor ni la risa, si no ataba su alma a una de aquellas voces y no penetraba su yo en ella ni oía todas las tonalidades, entonces percibía únicamente el total, la unidad. En aquel momento, la canción, de mil voces, consistía en una sola palabra: el Om, la perfección.⁶

Todas las vicisitudes, y los dolores, encuentran su respuesta en la vida misma que los produjo, y que se hace una en todas las criaturas. Hombre, pez, ave, flor, piedra, como las distintas manifestaciones de una totalidad armónica que encuentra en sí misma su propia sustentación y sentido. La vida del hombre, halla su razón en tanto es también, una cara específica de lo vital, una ruta que se expresa, como dependiente e interrelacionada con todo lo demás del mundo que sea como él, una manifestación más de una perfección total.

Cada hombre, al encontrar respuestas y razones de sí mismo, en la naturaleza que lo rodea, se hace consciente de su destino,

⁶ HESSE, Hermann. *Siddharta*. Bruguera. Barcelona, 1968. Págs.158-159.

también como árbol o cachorro. Recuerda, la armonía primera, su mismidad, reflejada en otros; su rostro, en la cara de las flores.

Esa memoria recobrada, es la que el poeta comunica, la que afirma su destino de cantor. Por ello, puede hacerse en sus poemas, uno con la Madre, olvidar su ficticia orfandad. La escisión del hombre occidental, no es más que el resultado de su fragmentación, de su amnesia, de la inútil lucha contra su propia naturaleza. Ha dejado de lado su corazón de nube, para refundirse en las extrañas redes de lo vulgar, lo obvio y lo vacuo. Su razón de infinitud se ha perdido en los fragmentos de lo fácil y maquinal, haciéndose predecible, indefenso, prosaico.

Ya no es análogo el azul del mar con el de los ojos, o el azabache de la noche con el cabello, ahora, los artefactos han ocupado el lugar de la verdadera vida y se halla más semejanza entre los seres humanos y las cosas. En nuestro tiempo, los hombres y la naturaleza, son solamente útiles, piezas de consumo o provecho. Desafortunadamente, el desarrollo científico, no garantiza el desenvolvimiento humano a partir de valores vitales auténticos.

Vivir significa subsistir, generalmente, en contra de las verdaderas necesidades del ser humano; tales como: aire puro, agua limpia, rumor de follajes, aroma de jardines, calor fraterno. Todo ello, resultante del vínculo afectuoso con la matriz, con la intención primera.

Escribir poemas, conlleva el compromiso de mostrar un mundo, de descubrir los secretos encontrados y de comprometerse con la sabiduría construida en el camino. Cada verso, como un retazo de alma, debe descubrir el espíritu del hombre, la razón de su existencia en cada tiempo y lugar.

La recuperación de las imágenes bellas y nobles del mundo, para que no se olviden, para que el hombre conviva con ellas y se hagan uno, es la interminable labor del poeta. El, un creador de belleza



a partir de la naturaleza, puede encontrar allí, la fuente primigenia del amor, de la dignidad y del respeto.

La perfecta convivencia de lo natural con uno mismo, debe ser pintada por el poeta; quizás, el único que sueña. Por él, que ha creado su mundo a partir de lo conocido, a través de su cuerpo, de las relaciones de sensibilidad que lo han unido con lo existente, y le han hecho entenderse como parte, en el concierto de la totalidad.

La manifestación de lo sublime que se encuentra en la belleza, de la cotidianidad natural, como una voz de guía que nos cuenta caminos y rutas diferentes a las de las junglas deshumanizadas, se descubre claramente en los textos de Mejía Velilla. El hombre que narra su experiencia a los más pequeños, no solamente a los niños, sino también, a los menores en conocimiento, expresa su amor y comunión constante con la naturaleza, y la toma, como el referente para orientar el camino de los menos afortunados en el tránsito, de los amnésicos más graves.

Pequeño Eliot, es un largo poema en prosa, que, con una clara intención pedagógica, recoge la experiencia del mayor, para hacerla llegar a los que no han crecido suficientemente y necesitan palabras que los guíen :

Del amor a las flores

*Ama las flores, pequeño Eliot, que amarlas es camino profundo. Distínguelas, -aprende- por sus nombres, o llámalas con uno de tu invención: aprehéndelas por su diseño, por su perfume, por su coloración, por el temblor de su modestia o por la gloria de su esplendor. Llena constantemente tu alma de jardines, y riégalos cada noche con el rocío de tu dolor.*⁷

La invitación a una plenitud espiritual, poblada de jardines, expresa la continuidad indisoluble del hombre con la naturaleza. Tal vez, hay demasiado ruido, mucho polvo entre el *smog*, que nubla la

⁷ Op.cit.pág.198.

cercanía de uno a otro corazón.
Estamos cuajados de corazas y
armaduras, que nos opacan la
verdadera lozanía de la piel.

Desnudos, con los pies sobre el
prado y el rocío en la frente,
seguramente seremos más sabios,
más hermanos, más felices. Liberar
la piel al contacto de las hojas, de
otra piel, de la lluvia; esconde la
sabiduría de los secretos más
profundas, de las más anheladas
ilusiones.

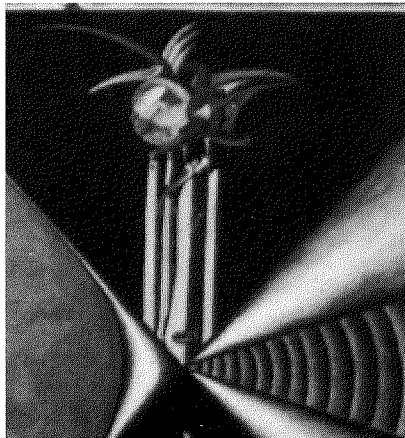
Los pétalos dormidos de nuestro
espíritu, podrían florecer, si al leer esta
poesía, pudiéramos encontrar nuestro
propio color y la exquisitez del perfume
particular. Uno a uno, recobrando la
memoria, guardando en pliegues de
consuelo las palabras del poeta,
tendríamos la posibilidad de hallar la
sublime relación que debe establecerse
con la naturaleza; como una extensión
de nuestro propio ser, como el antes y el
después de cada vida.


La repercusión de nuestros actos,
estaría conscientemente
determinada; evitándose la *polución
del alma*, que nos hace ciegos,
violentos y destructores. Entender la
relación fraterna que debe unirnos
con el añil, el cóndor, la estepa y la
laguna, como ese beso del hermano
en la mejilla del hermano, como el
abrazo franco de la angustia
compartida; harían más claro, más
brillante cada trecho de senda
recorrida.

Soñar, labor del poeta; transmitir
esos sueños, su deber inalienable.
Alcanzar mundos más humanamente

perfeccionados en la experiencia
individual, para contar caminos y
sugerir recorridos particulares.

Cada ojo que se limpie para ver de
frente el verde y los azules, cada
oído que atento, pueda escuchar el
croar de las ranas, cada piel que
reciba las caricias del viento o la
humedad de la lluvia; todos ellos,
limpiarán poco a poco los recuerdos
y harán posible una nueva forma de
vivir y comprendernos uno solo con
todo lo creado.



El *Canto Continuo* de David Mejía
Velilla, se convierte así en una
nueva hermosa y sabia experiencia
para el lector; ya que, lo sumerge en
el mundo del espíritu infinito, que
no hace diferencias entre las
plantas, los animales, los minerales
o los hombres. La compleja
interrelación de lo existente y sus
vinculaciones internas se hacen
evidentes. El hombre, es uno más de
lo total; sólo que ahora necesita
recuperar entre los brazos, su
corazón de ave y su canción de
bosque. 

Bibliografía

MEJÍA VELILLA, David.
Canto Continuo.

Leonardo Canal.
Bogotá, 1990.

CALVINO, Italo.
*Seis propuestas para el próximo
milenio.* Siruela.
Madrid, 1989.

BACHELARD, Gaston.
La poética de la ensoñación.
Fondo de Cultura Económica.
Santafé de Bogotá, 1994.

HESSE, Hermann.
Siddharta. Bruguera.
Barcelona, 1968.

VARENNE, Jean-Michel.
El Zen. Signos.
Buenos Aires, 1988.